

“DIOS Y LA EXISTENCIA”

**“Una Reflexión Sin Censura en Torno a
la Existencia”...**

FERNÁN TAMAYO MARÍN

Derechos Reservados. ©

Esta Obra es propiedad intelectual del Autor.



copyright
all rights reserved

Esta Publicación puede ser reproducida citando la Fuente.

Editor Fernán Tamayo

AGRADECIMIENTOS

A mis familiares y a mi esposa por su apoyo constante.

Y en últimas, quiero dedicar este escrito a mi hija Evelin Tamayo, pero muy especialmente a Dios, el verdadero Dios, el Principio y Fundamento del ser, la causa primera y última, el Alfa y la Omega; Absoluto e indeterminado Principio enteramente desconocido. “Porque sé que estás ahí”...

«Hombre mortal, mota de polvo, voluta de humo, copo de nieve que brillas un momento en la noche del tiempo y en un segundo te derrites en la tierra, ¡deja de andar buscando a Dios aquí o allá! ¡No lo coloques en ningún sitio, no lo empequeñezcas, no lo caricaturices, no lo hagas una cosa más! Dios late en el Universo infinito que te rodea y es demasiado grande para poder ser comprendido por tu pequeña mente. ¡deja de correr detrás de Dios, como si Dios fuese un muchacho travieso que juega al escondite contigo! ¡Deja la infantilidad de pensar que sólo puedes vivir feliz y decentemente, si lo tienes agarrado entre tus brazos como si fuese un fetiche que *te protege* y te dará buena suerte! ¡Deja de angustiarte con falsas imaginaciones de torturas, castigos, demonios, purgatorios e infiernos, y siéntete con derecho a ocupar tu lugar en el Cosmos!

«¡Mírate! ¡Eres un auténtico hijo de DIOS! No por redenciones ni por salvaciones que nadie te haya regalado, sino por tu misma naturaleza que participa de la divinidad y que tú tienes que hacer evolucionar mediante el buen uso de tu inteligencia y de tu vida tan larga; pero, aparte del corazón».

Salvador Freixedo

INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente se ha planteado que cada ser humano es un ente único e irrepetible, que la personalidad es una sola, que las más particulares características del yo son entera propiedad de quien las posee. Es así como se ha venido a considerar el ser de los más abstractos conceptos tales como el yo, el alma y el espíritu.

Cierto es por otro lado, que el ser humano ante la difícil y dolorosa lucha que supone su existencia, se ha dado a considerar de manera ficticia la posibilidad del ser de su consciencia lejos de todo aquello que bien es supuesto por la apariencia de la realidad perceptible, aferrándose desde sus más subjetivos temores e inseguridades a aquella trama artificiosa y sagaz que bien hemos llamado religión y que no ha sido más que un real instrumento de dominación.

De ahí que sea válido reconsiderar todos estos aspectos para acercarnos muy lentamente pero con paso firme a la más siniestra y oscura “verdad incierta” que podamos hallar, pues siempre habrá un más allá inaccesible a nuestra antropomorfa consciencia, siempre el absoluto nos será del todo desconocido.

Sin embargo, en cuanto a lo que atañe al alcance pobre de nuestro humano entendimiento, es deber

nuestro indagar sobre cosas tales como el yo, el alma y el espíritu, y por supuesto eso que llamamos personalidad, pues todo ello parece no ser más que el producto de interacciones entre los elementos que nos constituyen.

Misterios como la personalidad por ejemplo, manifestación integral de aquello que llamamos “alma”, “espíritu”, como dándole la autonomía propia de un ente abstracto metafísico desde una perspectiva acrítica, desde algunos puntos de vista, no es más que producto de nuestra constitución genética que determina a su vez nuestra configuración neuroquímica y neurobiológica, lo cual, programado por la periódica y constante interacción con el entorno inmediato, la adaptación que ante los estímulos externos suele desarrollar, termina haciendo de un ente orgánico consciente una particularidad única en el mundo entero.

De ahí que todos seamos diferentes, de ahí que existan a pesar de ello patrones comunes de conducta en colectividades determinadas sin duda por las mismas condiciones que un entorno cualquiera suele brindar a sus más particulares miembros, constituyendo de esta manera una identidad colectiva, una identidad cultural.

Jamás podríamos hallar de esta forma una explicación al ser posible de lo que llamamos espíritu y su prolongación existencial luego de la muerte; la pregunta entonces... la única pregunta fundamental

sería la que indague por la causa del ser, el misterio insondable del principio.

Bien sabemos empero, que el fenómeno religioso es entero producto de la evolución cognitiva del ser humano, el cual, ante los innumerables misterios que le rodeaban desde sus inicios, desarrolló ciertos temores, como el temor a la lluvia, el relámpago y la muerte.

Como bien se lo permitió entonces su estado de desarrollo cognitivo, “genéticamente predestinado”, abierto a la evolución y al crecimiento constante, intentó dar respuesta a dichos fenómenos desde su ignorancia subjetiva y antropomórfica que daría lugar al mito, como la consideración de seres superiores de carácter antropomórfico, fundamento último de la realidad entera del ser.

Es así, como desde sus temores ante dicho ser o seres superiores, el ser humano deja ya de regir su organización social desde el instinto y la selección natural, parcialmente por supuesto, para organizar sus comunidades desde la cultura (fundamentalmente la imaginación desarrollada), y así particularizar su modo de vida desde la creencia en un dios o dioses concretos que le inspirarían un proceder concreto, de lo cual brotaría el sentido moral imponiéndose como un patrón de conducta desde un código ético en dicha comunidad para terminar cimentando la identidad cultural.

Como no todas las comunidades humanas primitivas tendrían la misma percepción del misterio que fundamentaba el ser, surgen modos diversos y muy particulares de concebir a la divinidad o divinidades, lo cual posibilita la aparición de diversas culturas con los diversos patrones morales fundados en los mitos religiosos que las sustentan, de ahí la trascendencia del carácter “ahistórico” de los mitos en toda comunidad humana desde una perspectiva moralizante.

Es por eso, que desde la antigüedad hemos conocido diversas culturas con diversas religiones que las fundamentan; incluso las nuevas religiones que han surgido como producto de la evolución cultural de ciertos sectores de las religiones antiguas, han llegado a institucionalizarse de tal manera, que se han asegurado un lugar de privilegio en el continuo desarrollo del género humano.

El Cristianismo por ejemplo, es la religión que desde el planteamiento fundamental de Jesús parece apuntar a una evolución moral del hombre hasta la abolición absoluta del instinto o por lo menos el pleno dominio y control del mismo, para la transformación de las comunidades humanas y el establecimiento del “Reino de Dios”, primado del Espíritu sobre la materia.

Reino que consistiría sin duda alguna, en la vivencia del amor al prójimo desde la consciencia de ser todos una misma creación de un Dios Padre creador, y por lo tanto hermanos, para la vivencia universal de una

filantropía fundada en la fe y promotora de una reestructuración socioeconómica, cultural y política de las condiciones del mundo humano hasta ahora conocido, que como una especie más en el planeta sigue siendo movida fundamentalmente por el instinto y el principio del placer.

Considero importante tener en cuenta por supuesto, que el objeto de esta reflexión no es el Cristianismo como fin último, sino el misterio insondable que llamamos Dios; de cómo racionalmente podríamos concebir su existencia como fundamento último del ser desde una consideración metafísica que no pretende rebasar los límites de la razón, sin cerrarse por su puesto a aquello que la ciencia aún no alcanza a comprender.

De esta manera y sin defender una posición u otra a modo fundamentalista, planteo la consideración de la naturaleza física, química y biológica del Ser desde una perspectiva teleológica sin afán de proselitismos de ningún tipo.

Es por ello precisamente, que me he permitido también algún comentario al Cristianismo desde sus orígenes socioculturales y su expansión por el mundo, ya que dicha expansión y perduración es producto de la institucionalización del planteamiento religioso, filantrópico y antropocéntrico de un Jesús, que nos presentó a un Dios-persona, racional de carácter metafísico, totalmente interesado al parecer en el ser humano y su “humanización” desde la moral.

Debemos así, renovar nuestra visión del ser y de Dios, de tal manera que nuestro proceder en el mundo sin fanatismos fundamentalistas y ciegos, se centre en su objeto verdadero, a ver si aún podemos hacer algo por nuestro bien como especie.

Por otro lado, es importante también dejar claro que este trabajo no pretende plantear como cierto todo aquello que aún se considera propio de la fantasía o la ciencia ficción, simplemente ha querido mostrar una realidad que se está descubriendo poco a poco, desde la arbitrariedad desmedida de algunos y que nos da a entender que nuestra ciencia más actual no ha querido romper paradigmas tradicionales que nos mantienen en cierto sentido como ciegos y atados a una realidad engañosa que nos esconde sin duda mucho más de lo que nos permite acceder.

Para ello, es enteramente necesaria la consideración lógica de la que llamamos realidad, partiendo de todos los aportes de la ciencia tradicional y considerando por supuesto las especulaciones atrevidas que ya muchos visionarios a lo largo de la historia se han atrevido a plantear.

La realidad es sin duda, un todo lógico con muchas manifestaciones diversas, en las cuales muchas veces existen lógicas diferentes, es decir, aquello que consideramos lógico desde nuestra percepción es tan sólo una minúscula parte del Absoluto, que se

constituye de muchas maneras aún desconocidas para nuestra limitada especie.

Ya vislumbramos por ejemplo desde la perspectiva científica, el efecto psicosomático como aquel sustento que da pie a un sinnúmero de experiencias nuevas desde la exploración cierta de capacidades que nos eran desconocidas, pues las habíamos concebido hasta el momento un tanto despectivamente, desde una visión mística estricta en los diferentes exponentes de las diversas religiones presentes en nuestro planeta.

Pero en realidad, parece que fuéramos producto del funcionamiento de una gran super-consciencia, algo así como una infinita red neural dentro de la que somos una muy minúscula nano-parte del todo, una muy minúscula consciencia del ser del Absoluto.

De ahí, que existan probablemente innumerables consciencias de carácter superior que logren trascender algunas de las barreras establecidas entre las diversas realidades del Absoluto, para incidir deliberadamente sobre las consciencias inferiores, alterando su ser y proceder en su realidad. Es sin duda algo así como aquello que los creyentes llaman “posesión”, o abatimiento, cuyas evidencias ciertas resultan más bien escasas a la luz de la neurociencia, puesto que no es cierta la “posesión”, que bien pueda mostrarse incomprendible desde la perspectiva clínica, es ese asecho constante, eso que suele llevar a muchos humanos conjuntamente con las presiones

medioambientales de una manera inexplicable, a la agonía o por qué no, a la esquizofrenia.

De esta manera, es posible considerar desde una posición enteramente arbitraria y especulativa, que no todos los casos de esquizofrenia por alucinaciones son producto del simple incremento o desestabilización de ciertos neuroquímicos en el sistema nervioso con afección sobre el sistema endocrino desde el efecto psicosomático; pues en casos especiales y por facultades propiciadas desde el capital genético de los individuos, las condiciones propias en las que se halla un sujeto con cierto desequilibrio físico-químico de su sistema nervioso, le abren a la percepción incipiente de realidades diferentes a la nuestra, digo incipiente porque en realidad es un vasto campo en comparación con lo poco que aún logramos vislumbrar desde las muchas cosmovisiones y experiencias de nuestra especie a lo largo de la historia.

Primera Parte

“ORDEN NATURAL” ¿METAFÍSICO O PRODUCTO DE LA MATERIA?

Es importante aclarar, que cuando hablo del Ser, me refiero a la totalidad de la existencia, sea esta considerada física o aun metafísicamente; trataré desde ahí, de explicar lo más racionalmente posible dicho ser como la única realidad existente.

Fue una madrugada de domingo, en la que estando despierto en cama, me puse a pensar en tales cuestiones que nunca me abandonan.

Así entonces, mientras buscaba en los recónditos parajes de mi mente alguna respuesta, pude ver con claridad que al preguntarnos por el Ser, el Ser universal, pensamos en la totalidad de la existencia, es necesario sin duda preguntarnos por el origen del Ser y servirnos de los datos que la ciencia actual nos ofrece. Para ello, he vuelto a pensar en el origen del universo, y a preguntarme por el principio.

Si bien sabemos que la energía no se crea ni se destruye sino que se transforma, bien podríamos preguntarnos, ¿es eterna la energía, siempre ha existido? Como bien lo expone la dualidad onda-

partícula, como cualidad de la materia en su nivel ínfimo, podemos notar cierta relación estrecha, entre lo que es materia y lo que es energía y de este modo llegar a plantear de la manera más arbitraria que si la energía es eterna también lo es en ella la partícula desde su comportamiento onda. ¿Será ésto posible?

Por otro lado, y partiendo de lo anterior es importante preguntarnos si el estallido del gran superátomo cargado de energía posibilitó el origen del universo, ¿Qué había antes de que el gran superátomo fuera? ¿Energía? ¿Energía que posibilitó el ser del gran superátomo posteriormente? Y desde allí vuelvo a preguntarme ¿Acaso es en verdad eterna la energía?

Observando así los grandes aportes de grandes científicos como Louis Víctor de Broglie, Albert Einstein, Max Planck, Stephen Hawking, entre muchos otros pioneros de este saber, podemos observar el carácter matemático que posibilita que el Ser sea como es, que conserve un orden de carácter lógico y estricto, exacta y numéricamente medible, pues desde lo micro hasta lo macro toda estabilidad, equilibrio, orden o desorden en el ser, obedece a estrictos cálculos matemáticos que el ser humano gracias a su alto grado de evolución cognitiva, ha llegado a descubrir, cultivando así un saber lógico como la matemática y su aplicación al estudio de la naturaleza en lo que se refiere a la Física, la Química y hasta la Biología.

En verdad, algunos de los antiguos tenían razón, los Pitagóricos por ejemplo, preferían la vida contemplativa y se dedicaban al estudio de los números y sus relaciones para comprender así la esencia de la realidad, pues esta se constituía matemáticamente; de igual manera, Arquímedes logró desde sus cálculos matemáticos prestar un gran servicio como ingeniero militar desde la creación de grandes artefactos eficientes en la guerra, y así, a lo largo de la historia de la humanidad, gracias al cultivo de las matemáticas, hemos logrado transformar grandemente nuestro entorno natural.

Es desde aquí por supuesto, que surge un nuevo interrogante que pretende no rebasar los límites de la racionalidad, y es que si volvemos al principio, la energía en el origen del universo, en el caso de que la energía no fuera eterna podríamos empezar a considerar otro principio, “el orden lógico y matemático que rige al ser”, pues es precisamente dicho orden el que posibilita que la energía sea como es y se comporte como se comporta, es decir, que lo más probable sería que desde antes que la energía fuese, ya fuera dicho orden lógico el que posibilitaría posteriormente su ser, o tal vez, la energía sea un modo de ser de los muchos posibles de la esencia eterna y fundamental, manifestación de una voluntad.

Ahora bien, dicho orden lógico es algo así como una racionalidad, una razón universal que se realiza en la energía y en la materialidad posibilitando su ser existencial, sin embargo, no existe otro modo de

concebir dicha razón universal que no sea como una fuerza metafísica, cosa incomprensible a los ojos de la ciencia, puesto que concebir algo como metafísico es científicamente reconocer que no existe en nuestra realidad, mero lenguaje filosófico o literario.

De ahí que la metafísica, jamás pueda ser concebida como una ciencia, sino como una especulación atrevida de carácter racional que insiste en no cerrar la mente ante lo que se nos muestra como imposible de entender desde nuestra razón.

Partiendo de lo anterior consideremos entonces lo siguiente:

El alto grado de evolución del ser humano desde la complejidad de su constitución bioquímica que obedece al orden lógico-matemático que la posibilita, le permite ser la única especie hasta el momento capaz de producir un razonamiento lógico y matemático e identificarlo a su vez en la constitución de la realidad que le rodea, como bien sabemos, dicha realidad en el humano se gesta desde las complejas funciones químicas en su cerebro y su sistema nervioso, que desde la energía química que produce, gracias a lo que ingiere en su alimentación, posibilita el traslado de esa energía de un lado a otro, para así producir conciencia y pensamiento, algo grandemente subjetivo sin existencia objetiva en el ser.

¿O acaso podemos decir que el pensamiento existe objetivamente en la realidad? Estoy seguro de que si

así fuera, yo sería capaz de mostrarle a mis semejantes de alguna manera u otra las imágenes de mis pensamientos en vivo y en directo.

Ahora bien, ¿si el pensamiento humano es lógico, lingüístico y visual, no podría mostrar las imágenes de mi pensamiento visual por medio de un dibujo?

Eso es cierto, pero ese dibujo o esa fotografía ya no serían mi pensamiento, sino un dibujo o una foto que pretende representarlo.

Así entonces, queda claro que el pensamiento sólo existe subjetivamente.

¿Acaso por esto podemos decir que el pensamiento no existe? Aunque el pensamiento es de carácter enteramente metafísico no podemos negar su existencia.

Imagínense entonces, que se abre un cerebro humano para hallar en él pensamiento, ¿Acaso se podrá comprobar así la existencia del pensamiento humano?

En realidad no, lo único que encontraríamos serían sustancias químicas que posibilitan impulsos bioeléctricos de un lado a otro en ese trozo de carne que llamamos cerebro.

Aún así, sigue siendo evidente que el pensamiento existe, y ha sido capaz de permitirnos transformar nuestra realidad.

Así, sólo así, podemos hablar de una “Razón Humana”; pues lo invito ahora a que pensemos en la “Razón Universal”.

Como bien lo había expuesto anteriormente, es evidente que existe una Razón Universal que posibilita el orden entero del Ser y el surgimiento de la Razón Humana como producto de ese orden que constituye la materialidad orgánica que le fundamenta (cerebro), y que es producto del largo proceso evolutivo.

Partiendo de ello pensemos pues en lo siguiente:

¿Si la “Razón Humana” como habilidad lógica-matemática de carácter lingüístico y visual es producto del cabal funcionamiento bioquímico y orgánico de un trozo de carne como el cerebro, cuál sería entonces el origen de esa Razón Universal?

Sabiendo por supuesto, que la Razón Universal existe desde antes que el universo, antes que la materia y la energía, antes de que todo existiese, ¿será la ciencia actual capaz de responder dichos interrogantes tan profundos?

Dadas estas condiciones, podemos pensar que dicha razón universal ya era desde antes que todo fuera, por lo tanto preguntarnos si es eterna o no, es lo único que queda.

Desde ahí, podemos percibir dicha razón universal, orden lógico del ser, como el fundamento último del

ser universal, como aquella causa incausada o motor inmóvil ya bien concebido desde la antigüedad, como lo que muchos se atreven a llamar Dios.

Sin duda alguna, ese dios sería un misterio insondable, incomprensible a nuestra naturaleza limitada por la percepción sensorial que nos suponen nuestros cinco sentidos y todo lo que con ellos hemos podido lograr.

Sin duda alguna, ese dios es inmutable y eterno como principio y fundamento entero del Ser, Ser que sí, se muestra mutable, desde la constitución que supone el acontecer cotidiano de ese dios en su realidad.

Además, este dios así concebido sería el único dios posible, todas las demás concepciones de la divinidad serían una proyección subjetiva de carácter antropomórfico, como bien lo llegó a plantear Ludwig Feuerbach, incluso sería válido también parcialmente el Totemismo concebido por Freud.

Habiendo pensado así en dios y en su acontecer cotidiano en la realidad, pensemos ahora, más detenidamente en el orden de su creación del que es autor indiscutible, desde lo micro hasta lo macro.

Como bien lo planteó Teilhard de Chardin, lo que desde la ciencia podemos hallar es una complejificación progresiva de la materialidad, pues en primer lugar tenemos elementos químicos, que desde las posibilidades que les conceden las propiedades de